

Ana María Goetschel, coordinadora

De la sublevación a la participación:

las mujeres en la
historia del Ecuador,
siglos XVIII-XX



FORO

FLACSO Ecuador | Abya-Yala

Índice de contenidos

Abreviaturas y siglas. XI

Agradecimientos XIII

Introducción:

la historia de las mujeres y los estudios de género
en el Ecuador como campo de conocimiento. 1

Ana María Goetschel

PARTE I

SUBLEVACIONES Y CENSOS EN LA COLONIA
Y EN LA REPÚBLICA

Capítulo 1

Las capitanas sublevadas de Otavalo:
violencia y liderazgo en 1777. 37

Mireya Salgado Gómez

Capítulo 2

Demografía histórica e historia de las mujeres
en la Sierra ecuatoriana, siglos XVIII-XIX. 56

María José Vilalta

PARTE II

NARRACIONES Y REPRESENTACIONES

EN LOS SIGLOS XIX Y XX

Capítulo 3

La Emancipada o el significado de la República
en la vida de las mujeres del siglo XIX. 85

Rosemarie Terán Najas

Capítulo 4

Maternidad y nación: el discurso autorral
de escritoras ecuatorianas en la primera
mitad del siglo XX. 100

Natalia Loza Mayorga

PARTE III

ECONOMÍA, TRABAJO Y EDUCACIÓN

EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Capítulo 5

Hacia la autonomía económica de la mujer casada:
la ley de 1911 y las reformas de los
años treinta en Ecuador. 131

Carmen Diana Deere

Capítulo 6

La hegemonía de género y la modernización
de los movimientos obreros, 1895-1938 168

Erin E. O'Connor

Capítulo 7

La educación de las mujeres y el laicismo
en la primera mitad del siglo XX. 197

Ana María Goetschel

PARTE IV

PARTICIPACIÓN POLÍTICA

DURANTE EL SIGLO XX

Capítulo 8

Militancias de mujeres en las izquierdas:

estrategias, agendas y conflictos, 1938-1966 233

Tatiana Salazar Cortez

Capítulo 9

Activismo político femenino en las campañas

presidenciales de 1960 y 1968 261

Ximena Sosa C.

Capítulo 10

La emergencia de subjetividades feministas

en Ecuador, 1970-1980 297

Gioconda Herrera

Sobre las autoras 348

Capítulo 4

Maternidad y nación: el discurso autoral de escritoras ecuatorianas en la primera mitad del siglo XX

Natalia Loza Mayorga

Zoila Rendón de Mosquera, escritora y feminista ecuatoriana, discute el rol de las escritoras en el contexto nacional de los años treinta. En el ensayo titulado “Amor a la patria”, la autora explica:

Ella [la mujer] no nació para hacer de su pluma el constante trabajo, pero no por eso deja de tener inteligencia y sensibilidad, sin declinar en ningún sentido su capacidad de pensar y sentir. Y la mujer que sobresale en estos méritos, da gloria a su patria, y mucho más si a pesar de egoísmos y contrariedades busca la manera de perfeccionarse, cualidad que debemos adquirirla, porque entonces veremos satisfecho el más alto y merecido ideal de hacer de nuestra patria una de las grandes y felices (Rendón de Mosquera 1933, 187).

En este fragmento, Rendón de Mosquera propone el rol de las escritoras directamente relacionado con el engrandecimiento de la patria. Esta propuesta se encuentra presente en otros textos producidos por autoras de la época, preocupadas por el lugar de las mujeres en el relato nacional. En medio de los proyectos de modernización del Estado y la transformación del campo cultural, las autoras de este período construyen un discurso literario cargado de símbolos sobre la maternidad y la nación. Desde un análisis interdisciplinario entre la historia y la literatura, propongo una discusión sobre la relación entre nación, maternidad y escritura en las novelas de tres autoras ecuatorianas de la época.

Las escritoras que incursionaron en la novela en la primera mitad del siglo XX no son ajenas a los debates políticos del ámbito cultural en Ecuador. En un campo cultural en formación, las autoras experimentaron con los recursos literarios que estaban a su alcance. De esta manera, las novelas permean debates públicos y categorías que circulan en la época. Uno de varios ejemplos es el uso de la categoría *nación*, que evidencia los diálogos con el contexto histórico. Así, la *nación* como categoría intelectual de la época permite analizar su experiencia como autoras en el campo cultural ecuatoriano.

En este texto, analizo tres novelas del período escritas por mujeres, que abordan la nación y la maternidad para articular su discurso literario. Se trata de las obras *En la paz del campo* de Blanca Martínez de Tinajero (1940), *Juventud inmolada* de Bertha Cando de Izurieta (1953) y *Sangre en las manos* de Laura Pérez de Oleas (1959). La primera, escritora ambateña, presenta en su novela, ambientada en las afueras de Ambato, el caso de un triángulo amoroso que pone en evidencia los privilegios sexuales de los hombres y la injusta sanción moral hacia las mujeres. Bertha Cando de Izurieta, precursora del periodismo en Latacunga, aborda en su obra la problemática social de los hijos nacidos fuera del matrimonio, a través de la historia de una joven madre soltera y su hijo, quien no puede escapar de la delincuencia. Finalmente, la escritora quiteña Laura Pérez de Oleas, inspirada en un caso real, reconstruye la historia de una cirujana abortista en un medio social que sanciona a las mujeres que no cumplen el ideal materno.

Las tres novelas presentan complejas discusiones sobre la maternidad y la nación, dos cuestiones que atraviesan la experiencia intelectual de las autoras en el marco de los proyectos de modernización. Por un lado, las autoras usan la categoría nación como un medio para autorizar su voz en el campo cultural e inscribirse en los debates públicos de la época; pero, por otro, también desarrollan un sentido propio sobre la categoría nación, como una metáfora de la maternidad, sobre todo una maternidad literaria que habilita su disputa de la escritura pública.

Ante las contradicciones del proyecto modernizador, las autoras construyen un sujeto femenino nacional que se proyecta en la mujer letrada

y su experiencia materna. En esta línea propongo rastrear en las obras la construcción de una genealogía femenina que conecta con el lugar de las mujeres en el relato nacional y de la misma forma, la búsqueda simbólica de la madre como una estrategia para disputar la nación desde la experiencia de las mujeres letradas.

La voz de las mujeres entre la historia y la literatura

En el presente estudio planteo una reflexión ineludible sobre el uso de las novelas como fuentes primarias. Dejando de lado la pretensión de veracidad y aceptando los límites grises generados por el lenguaje en la frontera entre historia y literatura (White 2011), las novelas son un lugar enriquecedor para rastrear el uso de categorías y determinar su carga simbólica en el trabajo intelectual de las autoras.

Considerando el campo cultural, en el sentido de Bourdieu ([1992] 1995), como un entramado de relaciones sociales e intereses, es posible entender la producción de los textos de acuerdo con las condiciones sociales de su momento. Por otra parte, siguiendo la escuela de los nuevos historicismos (Montrose 1992), se entiende la autoría como un hecho históricamente situado. Además, según los estudios de la representación, se considera que la literatura puede hablar de su tiempo, no por lo que dice, sino por cómo lo dice (Auerbach 2016). En términos del estudio del lenguaje, Ginzburg (2008) explica que en los intersticios del texto literario se pueden rastrear los intereses, los lenguajes y los universos simbólicos que contienen el texto.

Buscando las huellas de las mujeres, he considerado la metodología de Natalie Zemon Davis (1976, 1995), quien en particular recomienda “descifrar el lenguaje de las ausencias” para estudiar la historia de las mujeres (Zemon Davis 1976, 86). Como es conocido, las fuentes tienden a ser escasas cuando se trata de la experiencia y la subjetividad de las mujeres, por lo cual Zemon Davis propone el uso de fuentes no tradicionales (leyendas, mitos, canciones, relatos, literatura) y la exploración de los “contornos y entornos” de estos documentos para reconstruir cognitivamente la mentalidad

de un contexto. De esta forma, no se trata de generar pruebas, sino de explorar la complejidad del entorno en que dichos materiales se produjeron.

Estudiar novelas escritas por mujeres como fuente primaria me permitió recuperar los discursos intelectuales de autoras ecuatorianas, que no se encuentran en otro tipo de fuentes oficiales. Como parte de este ejercicio se encontró un amplio corpus literario que representa una fértil tradición de escritura de autoras ecuatorianas durante la primera mitad del siglo XX, en que se encuentran las tres novelas del presente estudio.

Al igual que el resto de la literatura de este período, la obra de las autoras mencionadas incide en la narrativa histórica. La lectura de las tres novelas como un conjunto permitió encontrar lenguajes y categorías compartidas, presentes también en otras producciones de la misma época. Los criterios de análisis están dados por los símbolos, lenguajes y representaciones, relacionados con la maternidad y la nación.

Género y nación

El análisis de la relación entre género y nación es un campo amplio en los estudios históricos y de género en Latinoamérica. Autoras como Asunción Lavrin (2005), Nira Yuval-Davis (2004), Maxine Molyneux (2003), Mary Louise Pratt (1990), María Emma Mannarelli (1999, 2004) han trabajado este tema para entender la construcción de ciudadanía de las mujeres y su rol en los Estados en los siglos XIX y XX. Al deconstruir por separado los conceptos de género y nación, Yuval-Davis (2004) identifica que los proyectos nacionales generan roles de género funcionales a sus intereses. Debido a la necesidad de regular la población, a partir del siglo XIX en Latinoamérica, las mujeres participaron en los proyectos nacionales desde los roles del cuidado y la reproducción, los cuales tuvieron importancia en el espacio privado y público.

En el siglo XIX se destaca el rol de las mujeres para la cohesión nacional a raíz de su misión afectiva y conciliadora entre diferentes grupos, y guardiana del orden doméstico (Sommer 2010). Si bien los discursos nacionales reprodujeron la figura del ángel del hogar, entrado el siglo XX las demandas

de las mujeres por el reconocimiento de su participación pública, pusieron en tensión la relación entre sus roles en la esfera pública y la doméstica (Goetschel 2014). Aunque la amplia mayoría de los discursos feministas de la primera mitad del siglo XX reafirma los deberes de las mujeres en los espacios domésticos, también exige derechos políticos y profesionales.

En la lógica de los discursos feministas de la época, estas demandas no fueron opuestas. Por ejemplo, nociones como la *maternidad cívica* fueron argumentos usados para reivindicar los derechos políticos de las mujeres (Lavrin 2005). Esto puso en tensión la dinámica entre lo público y lo privado entendida como una relación opuesta y excluyente, cuando en la práctica son fronteras que las mujeres negociaron, por ejemplo, a través de los roles de cuidado que se extendieron a la esfera pública (Lavrin 2005).

En el caso de Ecuador, existen varios estudios que analizan la relación entre el género y la construcción nacional en el siglo XX, como son los de Ana María Goetschel (1999, 2007), Mercedes Prieto (2004), Kim Clark (2001) y Gioconda Herrera (2010). Sus trabajos demuestran cómo se articularon los discursos feministas en los espacios públicos respecto al progreso de la nación y el papel de las mujeres como madres y guías morales. A partir de estos roles, se fortaleció la imagen de las mujeres como “regeneradoras de la nación”, lo que les permitió ganar influencia en la esfera pública. En esta línea, las mujeres lideraron redes de trabajo y apoyo en actividades de caridad y filantropía cuando los Estados no alcanzaban a cubrir las demandas de bienestar social de la población (Clark 2012). Al mismo tiempo, se estableció un ideal de la mujer como cuidadora, no solo del hogar sino, además, como responsable del bienestar público (Molyneux 2003).

Por ejemplo, a inicios de siglo, en 1909 se llevó a cabo el Primer Congreso Católico de Señoras, una de las primeras expresiones de la organización de mujeres en el ámbito público. Según lo explica Gioconda Herrera (2010, 246) ese congreso fue una manifestación del “activismo católico de las mujeres que disputaba los sentidos de la familia como institución social y su lugar en la vida pública”.¹ Más adelante, durante los años veinte se

¹ Herrera (2010) explica que las organizaciones de mujeres, de carácter religioso, existían desde siglos anteriores, como una herencia de la asociatividad de la Colonia alrededor de símbolos religiosos. Existen registros de organizaciones religiosas de mujeres, artesanos,

formaron organizaciones como Aurora o Rosa Luxemburgo y la Alianza Femenina Ecuatoriana (AFE) en 1939. Algunas de las impulsoras de esta última fueron también miembros de los partidos comunista y socialista, como Nela Martínez, Zoila Ugarte de Landívar —también fundadora de la revista *La Mujer* (1905)—, Aurora Estrada y Ayala y María Angélica Idrovo.² Sin embargo, mientras dichas organizaciones evidencian la institucionalización de los discursos feministas en la esfera pública, al mismo tiempo, en la sociedad se mantenían paradigmas tradicionales sobre los roles de género. Las escritoras analizadas provienen de estos procesos y se formaron bajo estos paradigmas.

La extensión de los roles de cuidado, del espacio privado al público, habilita la voz pública de las autoras. De esta manera, las autoras plantean un discurso de denuncia y resistencia en el que se registra la experiencia de la nación atravesada por el género. Considerando la centralidad de la maternidad para la construcción de ciudadanía y el lugar que ocupa en el discurso literario de las mujeres, es necesario volver sobre el sentido etimológico de *nación*, que significa *nacimiento*, relacionado al acto de parir. Así, la *nación* no puede, ni debe, entenderse como un concepto propio del orden masculino y exclusivo del espacio público.

Zoila Rendón de Mosquera define la nación en estos términos: “*Decir Patria, equivale a decir madre*, es nombrar a aquella mujer augusta, abnegada y sublime que nos llevó en su seno y la que cuando venimos al mundo es la primera que enjuga nuestras lágrimas y pone en los labios el alimento

jóvenes que tenían incidencia pública desde el siglo XIX. Sin embargo, a finales del XIX e inicios del XX, en la coyuntura de las disputas entre los discursos liberales y conservadores y los procesos de secularización del Estado, las organizaciones religiosas de mujeres se convirtieron en un espacio de enunciación política para ellas.

² También se destaca el trabajo de la líder indígena Dolores Cacuango que fundó la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI) en 1944 y junto a la educadora Luisa Gómez de la Torre impulsaron la educación bilingüe (quichua-español) a partir de 1946. De igual manera, el trabajo de la líder indígena Tránsito Amaguaña en la lucha por el reconocimiento de derechos para la población indígena en el mismo período. Si bien su liderazgo como mujeres es representativo para el estudio feminista, su lugar de enunciación fue la lucha indígena, por lo que el estudio histórico sobre el legado político de estas mujeres debe considerar preguntas a partir de la interseccionalidad. Sobre este tema, Mercedes Prieto (2015) desarrolla la participación política de las mujeres quichuas del Ecuador.

que nos da la vida” (1993, 181; cursivas añadidas). Siguiendo a la RAE, se entiende *patria* como una categoría equivalente a *nación*; sin embargo, en este fragmento es llamativa la contradicción de Rendón. Siendo *patria* etimológicamente “el país del *padre*”, definirla como *madre* evidencia los sentidos que las autoras disputan sobre el proyecto nacional. Según Gioconda Herrera (2010, 260): “Junto con este principio de autoridad, y a pesar de su origen etimológico, las palabras ‘patria’ y ‘patriotismo’ también se encuentran imbricadas en una figura femenina y parecen estar conectadas íntimamente con una identidad colectiva sagrada: la nación”. Es decir, las mujeres proponen un discurso sobre la *nación* que desplaza al *padre* y subraya su experiencia de género vinculada a la maternidad.

Escritura y nación

A partir del trabajo de Benedict Anderson ([1991] 2000) se ha discutido el rol de la literatura en los proyectos nacionales, como un factor para crear cohesión, identidad y sentido de pertenencia a la comunidad imaginada. También se ha planteado la representación y resolución simbólica de los conflictos territoriales y de raza en la literatura fundante de las historias patrias en Latinoamérica (Sommer 1993). Así mismo, en esta discusión se ha analizado el rol de las élites en un proceso que no solo es pedagógico sino uno en que intervienen otras clases para construir sus propios sentidos en las narrativas (Bhabha 2010). En este orden, es necesario pensar el lugar de la literatura producida por mujeres dentro del proyecto nacional de la primera mitad del siglo XX en Ecuador.

Mientras los discursos oficiales reducen la experiencia de la ciudadanía de las mujeres a las funciones reproductivas de su cuerpo, las autoras estudiadas proponen la maternidad como un lugar de enunciación política. De esta manera, siguiendo la etimología de la palabra *generan* (*dan a luz*), la figura de la mujer letrada lleva la maternidad al campo de la creación intelectual, la crítica y la resistencia.

En la primera mitad del siglo XX, la novela gana fuerza en el campo literario ecuatoriano frente a otros registros como la poesía o el cuento, y se

convierte en el dispositivo literario preferido por los escritores de la época debido a lo que se entendía como una capacidad para abarcar, en su totalidad, el carácter de una cultura. En palabras de Isaac Barrera (1960, 54): “La obra más seria y trascendental en la literatura moderna de todos los países, es la novela, y a ella tendrán que referirse las próximas generaciones, hasta tanto no encuentren un mejor agente de difusión de ideas, por medio del conocimiento cultural”. Con base en esta noción, los autores de la época construyeron representaciones críticas de su contexto, lo cual fue la semilla del realismo social como discurso de carácter político.

Cabe señalar que otras escuelas de pensamiento definen la novela en otros términos. Considerada como un registro literario propio de la intimidad y relacionada con la reflexión introspectiva, la novela se disputa en sus orígenes la posibilidad de generar un diálogo interno donde el sujeto desarrolla consciencia de sí mismo. En esta línea, la novela permite la representación más pura de la conciencia individual y la subjetividad (Watt 2000). Sin embargo, desde mediados del siglo XVIII, la idea de un discurso introspectivo en la novela fue asociada a otras nociones como el sentimentalismo, la vida privada y doméstica, que luego se vincularon a los ámbitos de lo femenino y perdieron valor en el discurso hegemónico masculino (Armstrong 1991).

A partir de 1925, en la historia de la literatura del Ecuador (Proaño Arandi 2007) se sitúa un momento de quiebre con el surgimiento de la novela social. Según críticos como Rojas ([1948] 1970), la novela social tiene una alta carga ideológica, y deja de lado el desarrollo de la conciencia individual, que es remplazada por las causas colectivas de raza y clase. En este escenario, la producción de novelas escritas por mujeres parece quedar al margen, asociada inevitablemente al sentimentalismo y la vida privada.

No obstante, aunque sus temas no fueron considerados relevantes en las agendas políticas y culturales del momento, las autoras ecuatorianas de la primera mitad del siglo XX encontraron en la novela un espacio favorable para la reflexión de problemáticas propias del género femenino, consideradas entonces como cuestiones domésticas, costumbristas o sentimentales, aunque también esbozaban crítica y denuncia.

De esta manera, junto con la ampliación de la educación y profesionalización de las mujeres, que permitió la creación de círculos intelectuales

femeninos, la escritura de novelas fue también una forma de recuperar una tradición narrativa que permitía a esta generación de autoras las herramientas y el espacio para la reflexión intelectual en la esfera pública. Sin embargo, aunque en este período las mujeres empezaron a publicar novelas, la idea de que estuvieron ausentes de los espacios literarios es un lugar común en los estudios de la literatura y la historia de Ecuador.

Por ejemplo, el crítico Alejandro Carrión (1957, 65) sostiene esta opinión en su análisis sobre la novela ecuatoriana:

Aún cuando el liberalismo incorporó a la mujer, sin discriminación alguna, a la vida cívica y cultural, abriéndole las puertas de la ciudadanía política, de las escuelas, colegios y universidades, de las profesiones liberales, en plenitud de derechos, la verdad es que no hemos recogido ninguna granada cosecha de escritoras. Menos aún de novelistas.

Es interesante que en su revisión dedique un acápite titulado “Novelas de Mujeres” y sin embargo su desarrollo se base en la afirmación citada. Si bien Carrión recupera algunos nombres como los de Matilde Cabeza de Vaca de Ortega, Blanca Martínez de Tinajero y Eugenia Viteri, está mucho más interesado en explicar por qué los trabajos de Marietta de Veintimilla o Eugenia Tinajero de Allen no son novelas.

Michel Handelsman (1978, 5) explica la aparente escasez de mujeres novelistas debido a “los tradicionales prejuicios sociales, la falta de educación, la falta de casas editoriales, el alto costo del papel e insuficiente tiempo”. Ciertamente, las condiciones materiales que Handelsman expone son rasgos innegables de la escena cultural ecuatoriana de la primera mitad del siglo XX, pero aquella parece una explicación que simplifica una problemática de género mucho más compleja. En este punto no se puede evaluar la producción literaria de mujeres en términos cuantitativos, y tampoco en términos comparativos, es decir leer a las autoras como el anverso del discurso hegemónico masculino, lo cual solo reproduce la idea de lo femenino como un acotado apéndice de otro discurso. La producción novelística de mujeres requiere su propia lectura y análisis porque ha tenido un recorrido propio, con el desarrollo de sus propios lenguajes y categorías, y es en esta particularidad donde reside su riqueza.

La imagen que la crítica tradicional construye sobre las novelas producidas por autoras en la primera mitad del siglo XX evidencia sesgos desde una óptica masculina. Autores como Ángel F. Rojas ([1948] 1970), Alejandro Carrión (1957) y Edmundo Ribadeneira (1958), incluso, por momentos, Handelsman (1978), afirman que estas novelas son relatos bucólicos, costumbristas o guías morales, con un tono implícito de poca relevancia al carecer, en apariencia, del carácter político, que fue el requisito de validación literaria durante las décadas de 1940 y 1950. En realidad, las autoras mantienen en sus obras un discurso crítico que apela directamente al Estado nacional y construyen un universo simbólico en el que se despliega la experiencia de la mujer letrada a través de otros lugares de enunciación, literarios y geográficos, como el romanticismo y campos culturales fuera de Quito, ubicados en provincias.

Construir una genealogía nacional

Alejándonos de la idea de “escasez” que rodea la producción narrativa y novelística de ecuatorianas en los relatos oficiales, es necesario decir que las novelas de este período no son productos aislados o excepcionales, sino que son fruto de un legado intelectual femenino exuberante y fecundo. Así mismo, contrario a lo que expresa Handelsman (1978, 50), estas obras no son “la génesis literaria entre las ecuatorianas”, pues aunque sin duda representan un momento de quiebre, son la continuación de un ejercicio narrativo que puede rastrearse desde el siglo XIX o antes.

En la primera mitad del siglo XX, el ingreso de las mujeres como autoras al campo literario significó una serie de cuestionamientos a la matriz cultural, y si bien no logró acortar las brechas de desigualdad —materiales y simbólicas—, generó estrategias e imágenes que debaten el orden simbólico masculino. De esta forma es posible construir una genealogía del pensamiento femenino que se conecta con personajes, tradiciones y símbolos de la historia ecuatoriana, y de la historia universal.

En este marco, utilizo el concepto de *genealogía* desarrollado por Michel Foucault ([1979] 2004), propuesto como una entrada para la interpretación del pasado con base en la exploración de procesos históricos que

producen conocimientos y los actores que participan. Por ello, no considero un origen único o esencial de la tradición literaria de mujeres en Ecuador, sino la reconstrucción de su *procedencia* a través de los conflictos, contradicciones y luchas que han atravesado el ejercicio de escritura de las mujeres. De igual modo, el propósito es situar históricamente la *emergencia* de dicha tradición considerando las relaciones de poder específicas que la atraviesan. En palabras de Natalie Zemon Davis (1995, 34), “tejer el hilo para mostrar los posibles nexos, poniendo como intérprete nuestra subjetividad, es hacer genealogía femenina”.

En un escenario donde la experiencia masculina es asumida como el paradigma universal de la cultura, la crítica ha interpretado erróneamente los trabajos de las mujeres como intentos de imitar a los hombres, o bien en los casos donde se reconoce cierto valor, son presentados como excepciones que confirman la regla. Con ello, de una u otra forma, parece que el trabajo literario de las mujeres es una manifestación aislada en la cultura hegemónica, un apéndice excepcional. En Ecuador esta idea se ha alimentado desde la crítica literaria y la historia por la incapacidad de reconocer y valorar el material producido por mujeres en siglos anteriores.

La realidad es que en Ecuador existe una rica tradición de literatura producida por mujeres, que tiene sus propias características y da cuenta de un amplio universo simbólico de representaciones, formas y resistencias. Si partimos desde la segunda mitad del siglo XIX, la participación pública de las mujeres en la literatura se puede rastrear en la tradición de salones literarios³ y más adelante, hacia final de ese siglo e inicios del XX, en los juegos florales donde las mujeres participan activamente.

³ Álvaro Alemán (2023, 378) detalla algunos de los salones literarios conocidos desde el siglo XIX: Existían, desde el temprano período republicano, agrupaciones informales de letradas femeninas en la forma de salones. Empezando por el salón de Manuela Cañizares, modelado sobre los salones españoles y franceses y convertido en espacio de oposición al poder monárquico, pasando por el salón de la primera novelista ecuatoriana, Cornelia Martínez, autora de *Paulina: impresiones y recuerdos* (1889) y anfitriona del salón literario ecuatoriano más importante del siglo XIX, el de La Liria, hacienda de los Martínez Holguín que frecuentaba asiduamente Juan León Mera. A principios del siglo XX encontramos el salón de Carmen Rosa Sánchez, compartido con Rosa Blanca Destruge, la primera hija de Modesto Sánchez, guayaquileño, gerente de la sucursal del Banco Comercial y Agrícola en Quito a principios de siglo y poeta, la segunda hija del administrador del telégrafo en la capital y conocido masón.

En la última década del siglo XIX, la circulación de textos narrativos escritos por mujeres empieza a ser notoria en revistas literarias ecuatorianas. Cornelia Martínez, Flor Dolores, Eugenia Mera de Navarro, Rosario Mera de Martínez, Mercedes González de Moscoso y Zoila Ugarte de Landívar son algunas de las autoras que publican novelas por entregas, relatos de viaje o traducciones, que son sus primeros impulsos por abordar la narrativa como un medio público de expresión creativa.

Se conocen las siguientes obras de prosa escritas por mujeres a partir de la última década del siglo XIX (todas ellas se encuentran en la Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit [BEAEP]):

- Cornelia Martínez, “Paulina”, *Revista Ecuatoriana*, t. 1, n.º 6, 1989;
- Mercedes González de Moscoso, “Los zapatos de boda”, *La Mujer*, n.º 1, 1905;
- Mercedes González de Moscoso, “Doble sacrificio”, *La Mujer*, n.ºs. 3 y 4, 1905;
- María Natalia Vaca, “¡Pobre María!” , *La Mujer*, n.ºs. 1, 2, 3, 1905;
- María Natalia Vaca, “Viaje en diligencia”, *La Mujer*, n.º 4, 1905;
- María Natalia Vaca, “Cuento de Navidad”, *La Mujer*, n.º 5, 1905;
- Josefina Veintimilla, “Rita. La loca”, *La Mujer*, n.º 4, 1905;
- Antonia Mosquera A., “Sor Lorenza”, *La Mujer*, n.º 6, 1905;
- Cornelia [seudónimo], “El naranjo”, revista *Alas*, n.º 2, 1936;
- Mary Corylé (1952) *Gleba*. Cuenca: Editorial Amazonas;
- Eugenia Viteri (1955) *El Anillo*. Quito: CCE;
- Eugenia Tinajero Martínez. 1954. *Leyendas indígenas*. Ambato: Talleres de la imprenta de educación;
- Aurora Estrada y Ayala, *El puente*, 1936, novela inédita;
- Laura Pérez de Oleas Zambrano, *El rostro del silencio*, 1973, novela inédita.

Esta producción de narrativa puede ampliarse si se consideran otros géneros como reseñas biográficas, autobiografías, recopilaciones de leyendas y tradiciones, diarios y diarios de viaje.

Cabe mencionar que otras novelas recuperadas del siglo XIX fueron también publicadas por entregas, como era habitual en la época para llegar

a un público lector que iba en crecimiento. César Carrión (2020, 14) anota que “la novela misma era en esos años un género y concepto literario que apenas se encontraba en gestación en toda Latinoamérica”, y ante la falta de un marco claro para definir la novela —no solo la producida por mujeres— dice que en este período se debe considerar “ineludiblemente una narrativa de ficción igual de dubitativa, precaria, incluso experimental”. En todo caso, para situar la producción de estas autoras de finales del siglo XIX, es necesario considerarlas como parte de un campo literario y corpus narrativo más amplio que se encontraba en formación.

Más adelante, con el cambio de siglo y las transformaciones sociales, económicas y políticas, las llamadas revistas femeninas fueron un espacio editorial abierto para la creación literaria de las mujeres; un lugar, en principio, más amplio, dado que era un espacio “propio” que nacía de la iniciativa de las mismas autoras. Estas revistas especializadas para un público femenino son un paradigma para el estudio del discurso ecuatoriano. Según Ana María Goetschel (2007, 261), “grupos de escritoras, dentro de los cuales ocuparon un lugar destacado las maestras, [inician] la publicación de revistas en las que defendieron principios de equidad y de mejoramiento de la condición de la mujer. Estas revistas constituyeron un medio de relación solidaria y de unidad entre mujeres”. Así, ellas buscaban “abrir espacios de comunicación que hiciesen posible tanto el *trabajo de la imaginación* como la búsqueda de la equidad. Estas revistas literarias estuvieron orientadas a desarrollar el gusto por la literatura, pero también a una forma de pensar y un nuevo sentido ético” (262; cursivas añadidas).

La producción de las autoras representa el desarrollo de un lenguaje propio y un universo de experiencias y sentimientos que surgen a través del lenguaje. A partir de una estética romántica y modernista, se construye colectivamente una noción sobre la sensibilidad, la emotividad, la conciencia femenina y sus afectos. Desde allí se puede rastrear una genealogía intelectual de mujeres que se conectan, dialogan y generan espacios públicos de discusión, una rica dinámica que puede ser entendida, en palabras de Goetschel (2007, 261), como una “comunidad de afectos”.

Al mismo tiempo, frente a un discurso hegemónico que reproduce la ausencia de una tradición intelectual femenina, las mujeres re-construyen

sus propias referencias y genealogías como una estrategia para situarse a sí mismas y esbozar una matriz en la cual ubicarse. Considero que gran parte de la escritura femenina de este período, ya sea en las revistas o a través de otros formatos como las novelas, se relaciona de alguna forma con la reconstrucción de una historia de mujeres, que llena esos vacíos que la historia nacional da por sentados. Esta labor sin duda se vincula también con la idea de una cultura femenina, en el sentido de reconocer los aportes y el legado de las mujeres. Varias autoras de este período se dedicaron con más especificidad a este tema y lograron significativas reflexiones sobre su lugar en la historia y la cultura nacional. Quiero señalar el trabajo de dos autoras, Zoila Ugarte de Landívar y Morayma Ofir Carvajal. La primera, periodista y feminista, publicó en el primer número de la revista *Alas* un artículo titulado “La mujer quiteña”, donde revisa la figura de varias mujeres, desde antes de la época colonial hasta su contemporaneidad. Sobre su cometido, Ugarte de Landívar afirma:

Querer plasmar en este “estudio” la evolución de la mujer ecuatoriana durante los cuatro siglos que han transcurrido, es tarea por demás ardua y compleja, para quien no tiene sino acopio de buena voluntad y grandes deseos por el mejoramiento de su sexo y de mucha gloria para las mujeres que se han distinguido en su patria, ya como intelectuales, ya también como patricias, demostrando que el alma de Castilla, unida a la Aborigen, dieron el mejor testimonio de *grandeza espiritual*.⁴

A su vez, Morayma Ofir Carvajal, maestra y feminista, publicó en 1949 un libro en el que revisa la labor intelectual de ecuatorianas. La obra, titulada *Galería del espíritu: Mujeres de mi patria*, recoge las biografías y retratos de 48 mujeres destacadas en la cultura del país, desde el antiguo régimen hasta el momento de la publicación. El sugerente título de esta obra evoca un imaginario sobre la sensibilidad femenina y la historia nacional; en palabras de la autora, ella se propone “salvar los nombres y la obra de las más destacadas Mujeres ecuatorianas, de la condenación inexorable de la sombra y del tiempo” (291).

⁴ BEAEP, Zoila Ugarte de Landívar, “La mujer quiteña”, *Alas* 1, diciembre de 1934.

A pesar de los quince años de diferencia entre una publicación y otra, la idea de un *espíritu* femenino asociado al trabajo cultural e intelectual de la mujer es algo que resuena. Las dos autoras plantean en sus escritos el deseo de ampliar y continuar este trabajo, de publicar otros tomos; sin embargo, no lo consiguen. Morayma Ofir fallece un año después de haber publicado su libro. En todo caso, este tipo de obras son un esfuerzo por crear una historia intelectual de mujeres y rescatar su legado cultural. De manera particular, la elaboración de este tipo de “inventarios” sobre personajes femeninos es parte de una tradición que Mary Louise Pratt (2000) define como *ensayo de género*, muy utilizado durante el siglo XIX y principios del XX por escritoras latinoamericanas para contrarrestar el “monólogo masculino” de la historia. Según Pratt (2000, 78), “las enumeraciones históricas también hacen hincapié en la realidad de las mujeres como sujetos de la historia, algo que la historiografía oficial suele escamotearles”.

El rol de la escritura en este proceso es central, de acuerdo con Thomas Ward (2004); la recopilación (registrar en la escritura el conocimiento oral) de mitos y leyendas es una actividad literaria que las mujeres desarrollaron en el siglo XIX y primera mitad del XX en Latinoamérica y debe ser leída como parte del relato histórico. En este sentido, Ward (2004) y Sommer (1993) explican que ante los vacíos del relato histórico en las jóvenes repúblicas latinoamericanas del siglo XIX, las leyendas y mitos se usaron para alimentar la *memoria* nacional. Considerando que la oralidad fue un recurso de las mujeres, como portadoras de tradiciones y costumbres, su trabajo literario respecto a leyendas y mitos sobre la nación es relevante para pensar el acervo cultural de la memoria histórica (Ward 2004). Por otro lado, dicho trabajo sobre la memoria apela a un legado generacional entre mujeres. Por ejemplo, Laura Pérez de Oleas (1962) publicó *Leyendas ecuatorianas* —su única obra que le mereció reconocimientos— un año después de publicar su novela *Sangre en las manos*, de 1959; en el prólogo del libro, Pérez explica que recuperó las leyendas de los relatos de su nana, lo que confirma la transmisión oral de la historia entre ellas.

Se aprecia que las autoras de este período tienen una preocupación por el pasado, por la historia nacional y por el lugar que las mujeres ocupan en

dicho relato. Adicionalmente, es una manera de preguntarse por su propio lugar en el campo cultural y el relato nacional.

Con el desarrollo de este discurso las escritoras se posicionan frente a un campo cultural —que saben es masculino— y que les interesa explorar. La idea del campo cultural hegemónico como un lugar cerrado al que ellas, como mujeres, no tienen acceso se evidencia en algunos textos. El editorial del primer número de la revista *Alas* se titula “¿Se puede, compañeros?”, una pregunta provocativa y directa, que resalta la intención de las autoras de la publicación: Zoila Ugarte de Landívar, Victoria Vásconez Cuví, María Angélica Idrobo y Rosaura Emelia Galarza H. Ellas abren la publicación con estas líneas:

¿Se puede, compañeros?

Venimos a vosotros, pedimos sitio entre vosotros.⁵

Por otro lado, un poema escrito por Mary Corylé (María Cordero y León), titulado “Elegía a la Maestra” y dedicado a María Angélica Idrobo y Zoila Ugarte dice sobre la maestra:

Tú que has vertido el raudal de la sabiduría

En la redoma pequeña y hermosa de las mentes juveniles.

Tú, maestra que bien puedes exigir en nuestro Ecuador,

el Patriarcado de las Letras

Bendita seas

(Archivo familia Idrobo, citado en Goetschel 2007, 275; cursivas añadidas)

La idea de un “patriarcado de las letras” como un espacio cerrado al que las mujeres ingresan, cortésmente, pero con decisión, da cuenta de un proceso en el que ellas exigen explícitamente un lugar en el campo literario. La riqueza de este momento es el lenguaje que desarrollan, el universo de experiencias que representan, que da cuenta de un ámbito simbólico compartido, de una serie de experiencias propias que definen el ejercicio

⁵ BEAEP, Zoila Ugarte de Landívar, Victoria Vásconez Cuví, María Angélica Idrobo y Rosaura Emelia Galarza H., “¿Se puede, compañeros?”, *Alas* 1, diciembre de 1934, 1.

literario de las mujeres de esta época. Al mismo tiempo, este lenguaje también forma parte de la cultura y genealogía femeninas, que considera la razón espiritual como una categoría propia del pensamiento ecuatoriano de este período.

En lo que respecta al estudio de las tres novelas elegidas para esta investigación, propongo que existen algunos temas que evidencian la intención de las autoras por reconstruir una genealogía de la tradición literaria de mujeres en Ecuador. Es decir, siguiendo a Foucault ([1979] 2004), planteo que las autoras rastrean símbolos y figuras que representan la producción de conocimiento y conectan con sus luchas.

En este sentido, las escritoras de este período buscan conectarse con el pasado a través de figuras simbólicas que evocan en sus textos de manera literal o figurativa. Por ejemplo, Blanca Martínez de Tinajero (1940, 24) en su novela *En la paz del campo* evoca a Juan Montalvo y a Juan León Mera cuando describe la localidad en la que ambienta su historia: “Ficoa con sus frondas y los senderillos por donde deambuló Montalvo [...]. Luego Atocha, refugio del Cantor de “Cumandá”, presentáronsele con la belleza de la distancia”. Como nieta de Juan León Mera, referenciar la obra de su abuelo es tal vez una manera de posicionarse a sí misma y a su obra, de cara a un público lector hegemónico, y es también una forma de “saludar” a los intelectuales de su tierra. Sin embargo, tanto en su familia, materna, como en la paterna, la presencia de mujeres que se dedicaron a las artes es amplia y diversa. Se trata de personas dedicadas a la escritura, música y pintura desde el siglo XIX, que mantuvieron en su familia un legado intelectual que perduró hasta finales del siglo XX a través de cuatro generaciones.

Blanca Martínez de Tinajero (1940) recupera el rico legado femenino construyendo para Beatriz, su protagonista, una estirpe igualmente significativa. Beatriz recibe como prenda una joya heredada de Manuela Sáenz, personaje histórico de la independencia nacional que es particularmente complejo. La figura de Sáenz, rodeada todavía por un halo de desprestigio moral y político, resulta una curiosa antepasada para Beatriz —quien encarna la bondad y la pureza—, pero se puede presumir la intención de recuperar la imagen de Sáenz a través de la narración. Su conexión se da mediante cartas inéditas de Manuela Sáenz que guarda su familia y un

collar de perlas, legado particularmente femenino. La madre de Beatriz le explica el origen del collar y otras joyas en estos términos: “Pertenecieron a tu abuela paterna. Las había comprado a un canónigo, quien dizque aseguraba que pertenecieron a doña Manuela Sáenz. En uno de los apuros de dinero del Libertador, las empeñó. Luego se fue al Perú, y no volvió a acordarse del aderezo” (247).

De esta manera la autora también conecta a Beatriz con una stirpe de mujeres relevantes para la historia nacional. Por otro lado, a través de la ficción, construye para Manuela Sáenz un simbólico legado por medio de sus joyas. Al ligar a Beatriz con la épica nacional, Blanca Martínez sitúa estratégicamente su narración y el lugar de la mujer en la historia nacional. Otro ejemplo relevante es el personaje de la madre de Beatriz, llamada Rosaura. Desde una lectura actual, Rosaura inevitablemente lleva al lector a la protagonista de *La Emancipada* de Miguel Riofrío ([1863] 1992), la mujer que muere trágicamente después de huir de un matrimonio pactado. En este caso, simbólicamente, a través del nombre, Rosaura es recuperada como una matriarca fuerte con un desenlace distinto. Viuda, dueña de tierras y luchando por el bienestar de sus hijos, la Rosaura de Blanca Martínez es una mujer que no muere castigada, sino que prevalece y triunfa en su “emancipación”. Como parte del intertexto de la obra, en una lectura actual es inevitable conectar a los dos personajes, con lo cual Beatriz se posiciona en un árbol genealógico simbólico de la narrativa nacional, siendo la heredera de un rico legado femenino.

En las otras novelas de la presente investigación también se puede rastrear este ejercicio autoral de construir genealogías femeninas. Laura Pérez de Oleas y Bertha Cando de Izurieta recuperan cada una, mediante sus novelas, la experiencia de otras mujeres de su medio. Pérez se inspira en la historia real de la cirujana abortista Carmela Granja y sus clientas para construir a su protagonista Estenia German, a quien sitúa en un ambiente quiteño reconstruido veinte años después de los hechos que ella narra. Cando de Izurieta (1954, 4), por su parte, apoya la denuncia de su historia sobre los problemas que afrontan madres e hijos ilegítimos, afirmando que conoce al protagonista. Para subrayar su denuncia presenta la novela en estos términos: “Esta es una historia real, emotiva, sucedida

en el medio en el cual vivimos”. De esta manera las autoras construyen su propio imaginario, evocando figuras femeninas y problemáticas inspiradas en su contexto. La intención de elaborar referentes y recuperar figuras de su medio es una manifestación de la cultura femenina letrada que se materializa a través de la escritura.

Universo maternal

La lectura de las novelas de este estudio evidencia que las tres autoras comparten preocupaciones sobre la maternidad y las problemáticas que la rodean en su contexto histórico, como la educación de las mujeres y los códigos morales. Si bien los recursos de estilo y forma son diferentes, al igual que las entradas y escenarios para abordar cada historia, existe un gran símbolo que coincide, al cual denomino universo maternal. Sin embargo, se trata de una maternidad atravesada por conflictos. Considerando la importancia de este tema en las obras, propongo una lectura donde la maternidad es una metáfora de la autoría, en un contexto en que la literatura producida por mujeres también resulta conflictiva.

Por ejemplo, la escritora y feminista Zoila Rendón de Mosquera (1933, 159) dice sobre las mujeres que se dedican a la literatura: “Las que se dedican a esta materia, necesitan tener verdadera vocación, y sentir dentro de sí algo divino que les impele a arrostrar ese cúmulo de tempestades que caerán encima de ellas, al recorrer el camino del calvario, a cuya cima no entrarán sin su crucifixión”. La figura del “calvario” utilizada por Rendón es la misma usada por Cando y Pérez para referirse a la maternidad. En esta forma, se plantea un paralelismo entre la maternidad y la escritura, como dos espacios cargados de conflictos para las mujeres. De otro lado, la madre y la escritora comparten también la capacidad de generar —*dar a luz*— sujetos y discursos en el marco de la modernización del Estado. No solo se trata de los hijos (ciudadanos), sino también de generar la figura de la mujer letrada.

En las tres obras, las autoras desarrollan símbolos y figuras sobre la maternidad. Por ejemplo, encontramos escenarios donde la ausencia de figuras patriarcales o varones jefes de familia es la condición natural del

hogar. En este contexto, las viudas, solteras o madres solteras toman el centro de la acción. La trama de las novelas avanza bajo la condición de la existencia de mujeres que, por distintas circunstancias, están solas y deben decidir sobre su vida y su familia. Esto posibilita el desarrollo de personajes femeninos fuertes, autónomos y que generan una red de protección. No obstante, algunos de estos personajes representan también la monstruosidad en un sistema social que castiga la autonomía de las mujeres.

En su novela *En la paz del campo*, Blanca Martínez de Tinajero (1940) desarrolla en Rosaura, la madre de su protagonista, el personaje de una mujer enérgica. Después de enviudar, con tres hijos a su cargo, Rosaura asume el liderazgo de su familia. Su esmero maternal se aprecia en el cuidado de Beatriz, su última hija. Para cuidar la salud de la niña, quien enferma recién nacida, Rosaura deja Quito y se traslada con toda su familia al campo, en Ambato, una decisión difícil que la enfrenta a sus peores temores: “Aterrada, ante la idea de perderla, su madre resolvió radicarse en Ambato, de clima agradable y sano. Era capaz de cualquier sacrificio por su hijita: que apenas pesaba veinticinco libras; pálida, ojeruda; sin ganas de jugar” (68).

En la trama, Rosaura salva la vida de su hija en repetidas ocasiones. En los primeros años de su vida la lleva al campo para revitalizarla, pero este es solo el inicio de un pacto de Rosaura con la naturaleza para proteger a su hija Beatriz de los peligros de una sociedad enferma, viciada.

[...] de las frondas, prados y hasta de la lejanía parecía desprenderse hálito vital ¿Fortalecería a Beatriz? ¿La libraría de la muerte?

Esta idea aumentó la fe de la señora. Y entre ella prometió a ese campo, como si fuese a una persona, amarlo y vivir allí siempre.

Como si en verdad hubiese escuchado su promesa, presentósele bello, atractivo, mientras su hija se manchaba la cara y los brazos con el zumo de las flores. [...]

La vida había estado esperándola en esa quinta. Insensiblemente fue adueñándose de la frágil niñita. Aumentó en peso; su carne lívida y floja se tornó rosada y compacta.

[...]

La gratitud hacia esa tierra aumentó en doña Rosaura. ¡Bien le ayudó a conservar a su hija! Viviría allí por siempre... (Martínez de Tinajero 1940, 71).

La naturaleza ayuda a Rosaura a salvar a su hija Beatriz, primero de su enfermedad cuando es niña, y más tarde la salva simbólicamente, de un mal matrimonio. Mientras sus dos hijos mayores se encargan del negocio agrícola fuera de casa, Rosaura administra su patrimonio y familia desde el hogar. Debido a la ausencia de los hombres, que trabajan largas temporadas en el campo, la casa es presentada como un espacio femenino, de libertad (y seguridad) para madre e hija y como centro de la trama.

De igual forma, en esta novela, otro personaje, Lola, igualmente proviene de un hogar formado por tres mujeres solas. Su madre anciana, también viuda, pero es enferma y su hermana menor está comprometida. Como hija mayor, Lola asume el cuidado de su madre y hermana. Su hogar es representado como un espacio de libertad femenina (igual que el de Beatriz, ambos son espacios dedicados a la música, la pintura, la lectura y la costura). Aunque Lola tiene interés en casarse, su deseo mayor es ser madre. La presencia de otros personajes femeninos que orbitan la trama —como Panchita, descrita como una “vieja beata”—, es la de mujeres solas que transitan de ciudad a ciudad con cierta autonomía. Los hermanos de Beatriz, el cura del pueblo, y especialmente Juan, el pretendiente de Lola, y Beatriz son desarrollados por la autora con igual complejidad. De hecho, Juan puede ser el protagonista de la novela; sin embargo, son personajes que no logran sus objetivos bajo las condiciones de un universo simbólico donde las mujeres tienen la autonomía para decidir por sí mismas y se protegen unas a otras.

Juventud inmolada, de Bertha Cando de Izurieta (1954), nos presenta una trama distinta, aunque también atravesada por la maternidad. En la primera parte de la novela, la autora nos sitúa en Saquisilí, un pequeño pueblo, donde Elena es una niña que destaca en sus estudios escolares. Su madre, María, una joven viuda, decide seguir las recomendaciones de la maestra de la escuela y se traslada con su hija a Quito para que ella pueda estudiar en el normal. Hasta este punto la influencia de la maestra es destacable en la vida de las dos mujeres, María “quería que su hija fuese el reflejo de la profesora del lugar” (26). En el momento del viaje, la madre decide abandonar la seguridad para enfrentarse sola a lo desconocido: “con un esfuerzo sobrehumano se resignó a seguir adelante, como quien

va a prepararse para librar una dura lucha de vida o muerte; es así como olvidando sus temores siguió adelante en sus ideales” (28). Igual que en la obra *En la paz del campo*, abandonar el entorno conocido por la promesa de bienestar de la hija, se repite.

Siguiendo la trama, se conoce el sacrificio de la madre viuda en la capital, quien debe trabajar como lavandera para sostener los estudios de su hija. Elena, a pesar de su buen desempeño escolar, ve truncada su carrera al quedar embarazada de un joven que la abandona. Este hecho desencadena la muerte de Elena. Al quedarse sola, se siente “vencida y culpable. ¡¡¡Culpable también de su hijo, que desde ya, ni siquiera venía con ese aporte moral de tener un nombre!!!” (Cando de Izurieta 1954, 66). En adelante la historia narra las desventuras de Carlos, el niño huérfano, que al no tener el amor de una madre y ser constantemente rechazado por su padre, termina como ladrón y mendigo en las calles de Quito. A través de sus infortunios, Carlos permanece desde su niñez en constante búsqueda de su madre. Él no sabe el nombre de ella, si está viva o muerta, o dónde buscarla. Desde su niñez hasta su juventud, al final, cuando termina abandonándose a la vida de las calles, se pregunta por su madre sin obtener respuesta.

En este escenario, parece que el acto más cruel de su padre no es solo el abandono, sino también el negarse hasta el final a darle alguna referencia o consuelo sobre su madre. Al reencontrarse con su padre después de muchos años, Carlos lo enfrenta: “¡Usted si no es mi padre, le exijo me diga dónde está mi mamá! ¡Le exijo me diga dónde está! ¡Su nombre, siquiera, su nombre! ¡Por favor, dónde está! ¡Quiero ir a ella!... ¡Dios mío, dónde estará mi madre!” (Cando de Izurieta 1954, 132). Aunque la historia aborda el reconocimiento del padre (la legitimidad), su apellido, su manutención, su protección, el motivo real del personaje de Carlos es la búsqueda de su madre.

En esta estructura, Carlos, en tanto hijo ilegítimo, delincuente, un ciudadano atrofiado, un sujeto degenerado, representa una figura femenina simbólica —dado que no alcanza a ser un hombre/ciudadano completo— que busca a su madre permanentemente y no la encuentra. Es el reflejo de una sociedad que borra e inmoló a las mujeres y su legado. En este caso, la búsqueda de la madre representa escudriñar esa genealogía de mujeres que nos antecedieron.

Esta obra nos presenta un universo simbólico maternal conflictivo. Ante la ausencia de una figura paterna, María puede decidir sobre la educación de su hija y migrar, pero el embarazo de Elena y el hecho de ser madre soltera frustran sus estudios, y así se desencadena la muerte de las mujeres. La situación de ambas, de clase trabajadora, migrantes del campo, en busca de educación, se representa en un escenario donde la autonomía de las mujeres es problemática. La madre viuda y la madre soltera son dos caras de una misma moneda, de modo que las mujeres y su descendencia se inmolan en una sociedad patriarcal.

Finalmente, *Sangre en las manos*, de Laura Pérez de Oleas (1959), narra también una historia que se desarrolla en un universo simbólico maternal. Aquí, el universo regido por la desobediencia femenina es presentado como un oscuro y complejo escenario alrededor de una cirujana abortista. Nuevamente, la historia inicia en un núcleo familiar conformado solamente por madre e hija. Estenia German es una joven universitaria en Quito y vive con su madre lavandera. Igual que en la novela anterior, los personajes son mujeres solas que procuran la educación de una hija. En este caso, los talentos de Estenia en cirugía y obstetricia, sumados a su audacia y ambición —no solo económica, sino también de reconocimiento profesional—, determinan una fructífera carrera ilícita como cirujana abortista.

La autora narra la historia de Estenia, alternada con las de sus clientas, quienes enfrentan diversos escenarios de maternidad no deseada. Pérez problematiza la maternidad construyendo un universo ambiguo donde reina y triunfa una mujer al filo de la atrocidad, que rechaza la maternidad a varios niveles, primero a través de sus clientas, pero también del aborto de su hijo varón que se realiza a sí misma. Por otro lado, más adelante, Estenia tiene que ver morir a su hija de tres años y a su propia madre, ambas de manera trágica, de esta forma se presenta la ruptura del linaje materno, ascendente y descendente. Sin embargo, Estenia encuentra en una huérfana que *recoge* para criarla como sirvienta, la figura de una hija y aprendiz.

Siempre sintió por ella un afecto maternal. La huérfana se crió a su vera como una hijita mayor; pero ahora le daba todo lo que antes dividía con la niña que murió. Luz María lucía bonitos vestidos. Estaba ya en la edad de

ayudar a la German y fue en el hogar enfermera-ayudante en las operaciones y además la confidente y consejera de su patrona (Pérez de Oleas 1959, 119).

De este modo, Estenia restablece su linaje y sostiene en Luz María una transmisora de sus afectos y de su conocimiento.

La historia de Estenia aborda los conflictos de la maternidad no deseada en una sociedad que criminaliza a las mujeres, y en la que, a pesar de todo, Estenia triunfa. En este caso, el despliegue histriónico del personaje de Estenia opaca a los personajes masculinos, que de todas maneras se encuentran ausentes, o tienen un carácter apático (o cobarde), por lo que no destacan.

En las tres novelas se aprecia la construcción de escenarios donde las mujeres, de una u otra forma, tienen autonomía, y se desarrollan personajes femeninos fuertes y audaces, que incluso triunfan en sus cometidos. Por otro lado, las diferentes presentaciones de la maternidad son centrales en las historias, y no responden a las representaciones clásicas hegemónicas ligadas a la pasividad o debilidad asociadas a las mujeres; todos los personajes que son madres mantienen una lucha por sus objetivos, lo que resalta el carácter fuerte y activo de mujeres. Por otro lado, las versiones de la maternidad son problemáticas y dolorosas. Las tres obras presentan una crítica al orden patriarcal, y proponen simbólicamente un discurso de resistencia al crear genealogías femeninas. Las figuras de la madre son centrales en los desenlaces, como también lo son las relaciones entre madres e hijas. Las secuencias abordan los sacrificios de las madres por sus hijas, los legados que transmiten, las rupturas, la desaparición, hasta la propia muerte o la inmolación.

Conclusiones

En la primera mitad del siglo XX, las autoras ecuatorianas incursionan en la novela usándola como un recurso para la crítica y la denuncia social, respecto a la problemática que viven las mujeres. Aunque su trabajo literario ha permanecido como un producto alternativo, incluso marginal, en los debates literarios, el análisis demuestra que contienen una compleja reflexión

sobre el género y la nación. En tal medida, estas obras, junto con otras de su época, constituyen un testimonio sobre la formación de las mujeres como intelectuales y las luchas que motivaron su escritura.

Considerando que el campo literario está conectado a las estructuras sociales de su contexto, las obras de este estudio registran los problemas que atraviesa la condición del sujeto femenino en la primera mitad del siglo XX. De esta forma, se evidencia cómo el cuerpo femenino es un lugar de enunciación. La sexualidad, la maternidad, el aborto son temas que las autoras discuten específicamente desde la experiencia del cuerpo femenino, en relación con los discursos morales, médicos y políticos de la época. Especialmente la maternidad articula la experiencia intelectual de las autoras al ser un espacio de enunciación y denuncia sobre las condiciones de vida de las mujeres.

En el contexto de los proyectos de modernización nacional, el rol de la maternidad se asoció con una función cívica de las mujeres, en tanto se las consideró las reproductoras de la nación y las educadoras de los nuevos ciudadanos. Sin embargo, las autoras toman la figura de la maternidad y la llevan más allá. Siendo un interés cívico, las autoras escriben sobre la maternidad y legitiman su voz en la esfera pública, pero también plantean críticas y denuncias que evidencian las contradicciones del proyecto de modernización. En esta línea es la maternidad igualmente el motivo de creación literaria.

En términos simbólicos, las obras expresan la preocupación por reconstruir una genealogía femenina que se articule con el relato nacional y, así mismo, una preocupación por generar un universo literario donde la maternidad articula el texto literario. En este sentido, las autoras reconstruyen un lugar para las mujeres y su experiencia, tanto en el discurso histórico nacional, como en el relato literario.

Paralelamente, la búsqueda de la madre toma forma en el universo maternal que las autoras construyen en sus obras. De esta forma las relaciones entre madres e hijas articulan las tramas y los desenlaces de las novelas, siendo el legado de unas a otras un motivo constante de reflexión.

La preocupación por recuperar la genealogía de las mujeres en la historia nacional se evidencia en las novelas y otros documentos de la época. Las autoras buscan su lugar en el discurso literario del país, rastreando el

trabajo de sus antepasadas y construyendo simbólicamente en sus obras una línea genealógica que prioriza la figura de la madre.

La relectura de estas novelas, a la luz de los debates de su contexto, muestra que la escritura de las autoras estuvo ligada a la construcción simbólica de una genealogía femenina para encontrar un lugar propio en el relato nacional. Las escritoras retoman, así, las voces de madres, abuelas y figuras femeninas que conforman la *genealogía* intelectual femenina ecuatoriana.

Archivo

BEAEP Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit

Referencias

- Alemán, Álvaro. 2023. “‘El inquieto afán de la vida que se presiente o se recuerda’: Quito 1919-1928. Mujeres universitarias, juegos florares y cuadros vivientes”. En *Irruptoras. Mujeres en la Universidad Central del Ecuador (1921-2021)*, coordinado por Susan Rocha, 377-422. Quito: Editorial Universitaria.
- Anderson, Benedict. (1991) 2000. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Armstrong, Nancy. 1991. *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela*. Madrid: Cátedra.
- Auerbach, Erich. 2016. *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Barrera, Isaac. 1960. *Historia de la literatura ecuatoriana*. Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Bhabha, Homi. 2010. *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre. (1992) 1995. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Librería.
- Cando de Izurieta, Bertha. 1954. *Juventud inmolada*. Quito: Minerva.

- Carrión, Alejandro. 1957. “La novela”. En *Ensayos. Trece años de cultura nacional; Agosto 1944-1957*, 49-68. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Carrión, César Eduardo. 2020. *Las máscaras de la patria. La novela ecuatoriana como relato del surgimiento de la nación (1855-1893)*. Quito: La Caracola / Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.
- Clark, Kim A. 2001. “Género, raza y nación. La protección a la infancia en el Ecuador (1910-1945)”. En *Antología de estudios de género*, compilado por Gioconda Herrera Mosquera, 183-210. Quito: FLACSO Ecuador / ILDIS.
- . 2012. *Gender, State, and Medicine in Highland Ecuador. Modernizing Women, Modernizing the State, 1895-1950*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Foucault, Michel. (1979) 2004. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. 5.^a ed. Traducción de José Vázquez Pérez. Valencia: Pre-Textos.
- Ginzburg, Carlo. 2008. *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa.
- Goetschel, Ana María. 1999. *Mujeres e imaginarios. Quito en los inicios de la modernidad*. Quito: Abya-Yala.
- . 2007. “Maestras y esferas públicas”. En *Educación de las mujeres, maestras y esferas públicas*, 243-90. Quito: Abya-Yala.
- . 2014. *Cartas públicas de mujeres ecuatorianas. Antología*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Handelsman, Michael. 1978. *Amazonas y artistas. Estudio de la prosa de la mujer ecuatoriana*. Guayaquil: Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas.
- Herrera, Gioconda. 2010. “El congreso católico de mujeres de 1909 y la regeneración de la nación”. En *Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana*, coordinado por Valeria Coronel y Mercedes Prieto, 241-263. Quito: FLACSO Ecuador.
- Lavrin, Asunción. 2005. *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay. 1890-1940*. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Mannarelli, María Emma. 1999. *Limpias y modernas. Género, higiene y cultura en la Lima del novecientos*. Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán.

- Mannarelli, María Emma. 2004. "La escritura, el espacio público y la experiencia femenina". En *Jerarquías en Jaque. Estudios de género en el área andina*, editado por Norma Fuller, 143-80. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Martínez de Tinajero, Blanca. 1940. *En la paz del campo*. Quito: Imprenta del Ministerio de Educación.
- Molyneux, Maxine. 2003. *Movimientos de mujeres en América Latina. Estudio teórico comparado*. Madrid: Cátedra.
- Montrose, James. 1992. "New Historicism". En *Redrawing the Boundaries: The Transformation of English and American Literary Studies*, editado por Stephen Greenblatt y G. Gunn, 392-418. New York: MLA.
- Ofir Carvajal, Morayma. 1949. *Galería del Espíritu. Mujeres de mi Patria*. Quito: Fray Jodoco Ricke.
- Pérez de Oleas, Laura. 1959. *Sangre en las manos*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- 1962. *Historias-leyendas y tradiciones ecuatorianas*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Pratt, Mary Louise. 1990. "Women, Literature and National Brotherhood". En *Women, Culture and Politics in Latin America*. Comp. Seminar on Feminism and Culture in Latin America, 48-73. Berkeley: University of California Press.
- 2000. "'No me interrumpas'. Las mujeres y el ensayo latinoamericano". *Debate Feminista*, 21: 70-88.
<https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2000.21.260>
- Prieto, Mercedes. 2004. *Liberalismo y temor. Imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador postcolonial 1895 -1950*. Quito: FLACSO Ecuador / Abya-Yala.
- 2015. *Estado y colonialidad. Mujeres y familias quichuas de la Sierra del Ecuador, 1925-1975*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Proaño Arandi, Francisco. 2007. "La narrativa en el periodo". En *Historias de las literaturas del Ecuador. Literatura de la República 1925-1960*, t. 5, coordinado por Jorge Dávila Vázquez, 121-67. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

- Rendón de Mosquera, Zoila. 1933. *La mujer en el hogar y en la sociedad*. Quito: Imprenta Nacional.
- Ribadeneira, Edmundo, 1958. *La moderna novela ecuatoriana*. Quito: Editorial Universitaria.
- Riofrío, Miguel. (1863) 1992. *La emancipada*. Quito: Libresa.
- Rojas, Ángel F. (1948) 1970. *La novela ecuatoriana*. Quito: Ariel.
- Sommer, Doris. 1993. *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- 2010. “Un romance irresistible. Las ficciones fundacionales de América Latina”. En *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*, compilado por Homi K. Bhabha, 99-134. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ward, Thomas. 2004. “Perú y Ecuador”. En *La narrativa histórica de escritoras latinoamericanas*, editado por Gloria da Cunha, 271-305. Buenos Aires: Corregidor.
- Watt, Ian. 2000. “From The Rise of the Novel: Studies in Defoe, Richardson, and Fielding”. En *A Critical Anthology: Theory of the Novel. A Historical Approach*, editado por Michael Mackeon, 363-81. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- White, Hayden. 2011. *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría, 1957-2007*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- Yuval-Davis, Nira. 2004. *Género y Nación*. Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán.
- Zemon Davis, Natalie. 1976. “Women’s History in Transition. The European Case”. *Feminist Studies* 3 (3/4): 83-103.
- 1995. *Mujeres de los márgenes. Tres vidas del siglo XVII*. Madrid: Cátedra / Universitat de València / Instituto de la Mujer.